

ME DECÍAN
MEXICANO
FRIJOLERO

(EL CASO RANGEL)

PREMIO BELLAS ARTES DE TESTIMONIO

«CARLOS MONTEMAYOR»

2013

ME DECÍAN MEXICANO FRIJOLERO

(EL CASO RANGEL)

por

Ana Luisa Calvillo



Chihuahua
Gobierno del Estado
Secretaría de Educación, Cultura y Deporte



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



CONACULTA

*F*ICTICIA

MÉXICO

2015

PREMIO BELLAS ARTES DE TESTIMONIO «CARLOS MONTEMAYOR» 2013
Otorgado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto de Bellas Artes y el
Instituto Chihuahuense de la Cultura. El jurado estuvo integrado por: Patricia Vega y Josefina
Estrada.

ME DECÍAN MEXICANO FRIJOLERO (EL CASO RANGEL)

D.R. © Ana Luisa Calvillo

D.R. © Instituto Chihuahuense de la Cultura

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: enero 2015

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. César Horacio Duarte Jáquez

Gobernador Constitucional

Dr. Marcelo González Tachiquín

Secretario de Educación, Cultura y Deporte

POR EL INSTITUTO CHIHUAHUENSE DE LA CULTURA

Mtro. Sergio Reaza Escárcega

Director

Lic. Gonzalo R. García Terrazas

Atención a Creadores

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Av. Universidad y División del Norte s/n, Col. Altavista

C.P. 31000 Chihuahua, Chihuahua (614)214 4800, ext. 115

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor de Ficticia Editorial.

ISBN: 978-607-521-045-2

Impreso y hecho en México

AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a mi gran amigo Elpidio González, quien me localizó en 2007 en la prisión y gracias a él pude comunicarme, por primera vez, con mi familia en Michoacán. Él me ayudó económicamente para que pudiera comprar la máquina de escribir con la que hice este libro. “Mi estimadísimo amigazo” —como nos decíamos por carta— fue asesinado en Michoacán, en septiembre de 2012. Descanse en paz. Le estaré eternamente agradecido.

A mis queridísimas tías Eva Caudillo, María Teresa Caudillo y a mi primo Bernardino Rangel, quienes desde mayo de 2012 me brindan su apoyo moral y económico. A mi tía Eva y mi primo Berna que son mis únicas visitas en la prisión. (Debo decir que admiro a mi primo porque, a pesar de su corta edad, es muy responsable en sus estudios y en su trabajo). También doy las gracias a mis queridas primas Teresa y Lidia Zacarías, quienes por medio de sus cartas me animan grandemente. Mis padres, y, en general, a mi maravillosa familia que me recuerdan siempre que debo seguir adelante.

A Abel Peñalosa, Arturo Portillo, Benjamín Benítez, Manuel Gutiérrez, Armando Mendoza y Manuel Castro, camaradas que me brindan ayuda en lo que pueden. A mis compañeros del dormitorio 4, Cuauhtémoc Cardiel y los

salvadoreños José Francisco Sarabia y Marcos Eduardo Castro, compas que han sido muy amables conmigo. A Luis Vargas, Severiano Gómez y Steve Sande, quienes me enseñan matemáticas. A mi tutor, Conrad Martínez, por enseñarme inglés en la escuela de la prisión, a la que acudo voluntariamente, y a Richard Aguilera, por ayudarme con material para hacer la tarea.

Quiero agradecer también a mi psicóloga, doctora Kala-ghan, quien siempre se preocupa por mi bienestar. Y principalmente agradezco a la señora Ana Luisa Calvillo, a quien considero parte de mi familia, por su esfuerzo y dedicación para escribir mi testimonio.

Roberto Rangel

Ana Luisa Calvillo desea agradecer a Nancy Barragán Machado, abogada y escritora chihuahuense, por su asesoría indispensable para comprender el caso Rangel.

A mis amigos M., J. y R., indocumentados en Estados Unidos, por hacerme llegar los expedientes y periódicos que necesité para corroborar la información.

LOS COYOTES

Era 16 de mayo de 1995. El autobús se detuvo en la carretera antes de llegar a Tecate, Baja California. Nos bajamos sin mirar a otros pasajeros y caminamos rápido hacia el bosque. Dijo el coyote que teníamos que esperar el momento adecuado para cruzar hacia los Estados Unidos. A lo lejos se veían las patrullas de la *migra*. Tuve el presentimiento de que algo iba a pasar.

Cuando empezamos a caminar, los coyotes que conocíamos como el Greñas y Sergio le sacaron el tabaco a unos cigarrillos y los rellenaron de marihuana. Se pusieron a fumar. Nosotros sólo los mirábamos; éramos un grupo como de diez hombres. Un poco más adelante nos encontramos con otro grupo; eran puras mujeres y las llevaban cuatro coyotes: Pepe, Juan, Toño y una coyote mujer que se llamaba Ángela. Se saludaron con los que nos conducían a nosotros.

Por mi parte, yo platicaba con el Cuervo, Gabriel López. Él tenía 19 años de edad y yo, 21 años. Éramos paisanos de Michoacán. Le decía que sentía pena por haber dejado a mis padres en el rancho; me había salido sin su permiso. Esa noche simplemente eché dos cambios de ropa en una bolsa de plástico y esperé a que estuvieran dormidos. Cuando me fui, sentí que algo me aplastaba el corazón: ¿cómo se pondría mi papá cuando viera que yo no estaba? Pero también

me sentía valiente: no era inválido ni incapaz. Desde niño había tenido el deseo de alcanzar el famoso “sueño americano”, y si lograba trabajar bien en el otro lado, podría mandarle dinero a mi familia para que salieran adelante.

Los coyotes se pusieron misteriosos y dejamos de hablar. Nos detuvimos y de repente creí escuchar un grito distante. Luego otro grito que escuchamos todos:

—¡Ayúdame, mamá, me están violando!

En eso vi que salía una niña, como de diez años, gateando entre los matorrales. El maldito de Toño la había violado. Quedé impactado al verla con sangre entre las piernas. Corrió hasta su mamá y la mujer la miró con frialdad:

—¡Aguántese! —le gritó—. Límpiate eso, cochina, ¡y cállate!

Nadie dijo nada. Vi que la niña miraba a su mamá con los ojos desorbitados.

—Mira lo que hizo ese cabrón —le dije al Cuervo—, es una bestia...

Con discreción empezamos a hablar con los demás:

—Yo no voy a hacer nada —decían otros batos—. Lo que queremos es cruzar.

Los coyotes se percataron de nuestra plática y Toño empezó a mirarnos de una manera desafiante, dándonos a entender que ellos eran los chingones.

—No hay que tenerles miedo —les dije—. Ellos nada más son cinco.

Ángela, la coyote, agregó:

—Tranquilos, muchachos, ya vieron que la mamá de la chica está de acuerdo, y a cambio de eso yo no le estoy cobrando nada por traerlas desde El Salvador. Debemos adoptar cierta humildad sobre esto. Quizás no comprendamos del todo esa valiosa cualidad... No es asunto nuestro juzgar lo que hacen los coyotes, ¿á?

El debate se fue acabando con la caminata. Algunos compañeros les rogaron a los coyotes que no hicieran tales cosas, creyendo que sería una demostración de “humildad”, pero nada más se rieron de nosotros.

Tuvimos la oportunidad de azar bastante sin ser observados por las patrullas. El bosque estaba lleno de sombras y por encima de nosotros el cielo amenazaba con lluvia. La noche ya era rematadamente oscura. Reanudamos el viaje por un arroyo que llevaba fuertes corrientes de agua. Luego caminamos entre los árboles otra vez. Sus hojas producían un extraño rumor al sacudirse con el viento. Íbamos atentos a los ruidos procedentes de la ladera; en ocasiones se oían como peñascos que se desprendían.

Afortunadamente sólo llovió un poco esa noche. Nos recomendaron que no nos termináramos la comida, porque era posible que camináramos tres días. Buscamos un rincón para dormir. Pensé que iba a tener algún descanso, pero me alteré en cuanto Toño agarró a la niña que había violado y se la llevó otra vez por los matorrales. Acto seguido, el Greñas, Sergio y Juan se llevaron a otras mujeres.

El Greñas puso a Ángela a gatas. Había otra chava, Sonia, que era casada y coqueteaba con los coyotes. Cuando vio que las violaciones iban en serio, empezó a llorar.

—¡Cállate! —le gritó Pepe y la derribó de un puñetazo—. Perra puta caliente, primero me andas ofreciendo el culo y luego te espantas.

La lanzó sobre la hierba. Ella trató de escapar, pero él la sacudió a golpes. Le arrancó los pantalones, le separó las piernas y la penetró a la vista de todos nosotros. Desesperado me jalé los cabellos, sentí que estaba en medio de los demonios y que nadie podía salvarnos. Los coyotes fueron por Mónica, una chava que nos hacía reír en el camino, y la derribaron de dos puñetazos. Su mamá se metió a defenderla,

pero también la golpearon y la patearon. Repentinamente sentí un impulso y me le fui encima a un coyote, no supe ni cómo le pegué un puñetazo. Él le gritó a sus compañeros:

—¡Chinguen a este hijo de su puta madre! —y al instante sentí una lluvia de golpes en el cuerpo. El lugar entero pareció vibrar con tantos gritos. Caí al suelo, aturdido. Toño ordenó:

—Pepe, ¡cuetéalos a todos!

Pepe sacó un arma, pero el Cuervo ya traía una piedra en la mano y le atizó un golpe en la cara. Pepe se desplomó. Toño forcejeaba con los compañeros que, por fin, se habían puesto a pelear. Con las manos temblorosas traté de agarrarlo para que no escapara, pero sólo pude tirarlo. Luego se incorporó y sentí algo que me quemaba el costado: me había navajado. Lo vi agitando la mano para herirme más.

—¡Te voy a matar! —gritaba. Sentí un piquete en el hombro; otro, en la mano izquierda. Me eché hacia atrás; la sangre me escurría por las costillas, me faltaba el aire.

Afortunadamente la gente del grupo reaccionó y comenzaron a lanzarles piedras a los coyotes y a pegarles con todo lo que encontraron. Logramos hacerlos huir.

—Estas mujeres ni siquiera son mexicanas —se quejó Ángela—. Qué les importaba lo que hicieran con ellas... Ahora nos han abandonado y no tendré quién lete a la gente si cruzamos.

Por un momento el ambiente se sumió en una tensión como de funeral. Azamos mirando hacia atrás, temiendo que los coyotes aparecieran. En el sendero del arroyo se escuchaba el canto de los grillos.

Mientras caminábamos, tuve una sensación más clara del dolor que sentía. Me ardía el costado. A mi mano le faltaba un pedazo de piel; sangraba la carne viva.

En la madrugada nos recostamos a descansar, pero no pude encontrar una posición cómoda. Cuando logré ador-

milarme, me asaltaron las pesadillas. Temía que en cualquier momento los coyotes regresaran, así que el Cuervo y yo nos apartamos de donde dormían los demás, para vigilar. Pero cuando despertamos, Ángela ya se había ido con toda la gente.

Caminamos toda la tarde siguiendo el rastro, según nosotros, pero había un cerro adelante y no supimos para dónde tomar. El cielo se había cerrado con nubes negras. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, y en cuestión de segundos estábamos bajo una estrepitosa tormenta. El aire ahora se sentía mucho más frío.

Comenzó a bajar la neblina y la situación se puso peor: apenas podíamos distinguir el camino; constantemente tropezábamos y caíamos. Estábamos empapados. La soledad era pavorosa. Me parecía que habían transcurrido años desde que nos internamos en el bosque. Llegamos hasta un terreno sin árboles, así que ya no hubo nada que nos protegiera de la lluvia.

Después de la lluvia, se letó un fuerte viento y salió la luna. Pudimos caminar más a prisa. Echamos a andar por la falda del cerro para ver si encontrábamos a las otras personas. Pensé: “Si grito, a lo mejor me responden”. Y lo hice, pero el sonido se oyó hueco y me produjo escalofrío. Fue inútil.

Entramos en el monte con un vacío espiritual. El Cuervo se sentó sobre una piedra y empezó a llorar. Le pedí que se tranquilizara. Nos pusimos de nuevo en marcha. Nuestros pies estaban llenos de ampollas. Al cabo de un rato, las piernas del Cuervo se negaron a seguir. Se tendió en el suelo y se quedó dormido.

Más tarde, al despertar, se veía desconcertado:

—Tengo mucha hambre —me dijo.

—Aquí traigo todavía unos panes —le di uno y yo me comí otro.

Las horas pasaron y el hambre volvió. Nos comimos los últimos panes. El agua que llevábamos se estaba acabando. A pesar de la oscuridad, advertí que el Cuervo estaba pálido. Enfilamos por otro camino; eso al Cuervo no le hizo ninguna gracia, pero igual me siguió a regañadientes

Después de mucho caminar, comprendí que estábamos totalmente extraviados. En algún punto escuchamos un ruido y el Cuervo me miró decidido a escapar en cualquier dirección. Contuvimos la respiración, oímos el sonido más cerca y echamos a correr por la ladera.

—Parece que la migra ya nos vio —dijo el Cuervo—, ¡estamos salvados!

La alegría nos enloqueció, pero conforme corríamos, los ruidos se iban alejando y volvimos a quedar solos.

Al amanecer despertamos tan hambrientos y sedientos que nos vimos en la necesidad de morder las raíces de los árboles, comer plantas y beber nuestros propios orines. Nuestro ánimo se debilitó.

Llevábamos varias horas caminando cuando el Cuervo exclamó:

—¡Mira, dos muertitos! —eran los esqueletos grises de un adulto y un niño. El chico tenía una medalla de la Virgen de Guadalupe en el pecho—. Vamos a sepultarlos —dijo el Cuervo. Recogió la medalla y los cubrimos con tierra. Les hicimos una cruz con ramas.

Encontramos un charco de agua y el Cuervo bebió de allí. Más adelante aminoró el paso y se detuvo. Pensé que se le había salido el zapato, pero se aferró con fuerza a mi hombro.

—En mi vida había sentido un dolor tan fuerte... —me dijo y se dejó caer.

—¿Qué te pasa? —le pregunté. Yo estaba aterrorizado. Quería letarlo, pero él se negaba. Su rostro se contraía por el

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	7
LOS COYOTES.....	9
TIJUANA.....	17
TOMASA.....	21
PEDRO, MARÍA Y DAMIÁN.....	25
LINDA.....	33
RIVAS.....	39
PADRE TRAMPITAS.....	49
SEÑOR JUÁREZ.....	55
CAMACHO.....	59
SANTILLÁN Y GALVÁN.....	67
MI HIJO.....	73
PEDRO.....	77
CHAMALBIDE Y SCHIOTIS.....	85
MUNA Y ROMANACCE.....	91
EL JUEZ.....	101
ROBERTO.....	105

PREMIOS NACIONALES DE TESTIMONIO COEDITADOS CON FICTICIA EDITORIAL

Premio Bellas Artes de Testimonio «Carlos Montemayor» 2013
ME DECÍAN MEXICANO FRIJOLERO (EL CASO RANGEL)
Ana Luisa Calvillo

Premio Bellas Artes de Testimonio «Carlos Montemayor» 2011
MÉXICO 2010. DIARIO DE UNA MADRE MUTILADA
Esther Hernández Palacios

Premio Bellas Artes de Testimonio «Carlos Montemayor» 2010
CUANDO LAS BANQUETAS FUERON NUESTRAS
Myrna Pastrana

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2009
CONVERSACIONES CON LA MUERTE.
MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA
Edgar Piñón Balderrama

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2008
LA SEÑAL DEL BURRO
Luis Fernando Rodríguez Torres

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2007
LA CIUDAD IMANTADA. VIDA DE MILTON VIDRIO
Ernesto Lumbreras

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2006
TRAVESÍA. CRÓNICAS MARINERAS
Mauricio Carrera

«ME DECÍAN MEXICANO FRIJOLERO (EL CASO RANGEL)»

DE ANA LUISA CALVILLO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE 2015 EN LOS TALLERES DE
EDICIONES M Y M S. DE R.L. DE C.V. CONRADO PELAYO NÚM. 33,

COL. TLAHUAC, C.P. 62510 MÉXICO, D.F.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES